

1. Preámbulo sobre la *novedad* y la capacidad del profesional

Sin polemizar sobre los nuevos (titulados) y los antiguos (experimentados) profesionales de la educación y de la animación en espacios no formales, me gustaría recordar que, en el ámbito de los adolescentes y jóvenes, actualmente, más bien están en vías de extinción. Quizás, en ciertos momentos y en determinados colectivos, el educador que ahora llamamos social se dedicó prioritariamente a los ciudadanos de esta edad. Pero, con el tiempo, llevados por la crisis de los discursos del trabajo social y la desaparición de la preocupación política por los adolescentes, han pasado a abandonar este sector y a renunciar a las técnicas educativas y a los espacios de intervención que desde el principio lo definieron. Actualmente, podríamos apostar para que la aparición de un nuevo titulado haga renacer la preocupación y las posibilidades, que se vuelva a considerar prioritario el prestar atención a los adolescentes y a los jóvenes de cada territorio.

Cuando, además, uno habla con personas que dibujan un panorama en el que el educador social parece que sirve para trabajar con todas las franjas de edad, en todo tipo de ámbitos y que, en definitiva, puede hacer de todo, conviene no sólo invocar al realismo sino también al sentido común. Conviene recordar que hay personas que educan y otras que son trabajadores de aquello que es social. Definir una profesión no conlleva obtener una parcela de exclusiva competencia. Supone tener una forma prioritaria de análisis de la realidad, unas preocupaciones centrales hacia las cuestiones que se abordan, unas maneras, unas formas (unas técnicas si se quiere) más habituales,...aunque sabiendo que son compartidas. Conviene saber situarse entre las personas que intervienen, reconocer que a menudo el educador social facilita el trabajo de los demás, es un **intermediario** entre algunos profesionales y los adolescentes y jóvenes.

2. Atenderlos cuando son jóvenes, cuando se van haciendo adultos. Un criterio y siete espacios de intervención.

Primeramente, debemos matizar qué quiere decir educar más allá de las etapas infantiles. No están los adolescentes para que les digamos que vamos a educarlos. Así como en múltiples ocasiones he recordado que la adolescencia es, actualmente, una auténtica segunda etapa educativa de la vida, ahora tengo que matizar a qué me refiero cuando hablo de educar. Si hablamos de la necesidad y de la utilidad de la presencia de educadores en su vida, hemos de añadir que educar, aquí, es estimular, facilitar el proceso de transición, socializar, dar oportunidades para adquirir la propia identidad, hacer posible la autonomía. No hablamos de controlar, tutelar, dirigir, adoctrinar, decidir por su bien, etc. Vamos a concretar y numerar los siete espacios de intervención del educador social entre los adolescentes y los jóvenes:

a. **Fundamento y puente de educación de los adolescentes en la escuela.** La aplicación generalizada de la secundaria obligatoria (ESO) conlleva que la



adolescencia (toda) de cada barrio estará en la escuela. Conlleva que ésta pase a ser territorio adolescente y que los procesos de mutua conflictividad y exclusión pasen por otras variables diferentes a las actuales. Ya no estarán en la calle, pero no está claro que ni la escuela ni ellos se soporten adecuadamente. Harán falta animadores y mediadores para hacer que la educación formal sea posible.

b. Agente de presencia en el medio abierto. Otra vez reivindicamos el papel de *figura inútil*, de figura que -aparentemente y para algunos responsables- no hace nada. El educador social se configura como un personaje que observa, que detecta la evolución de la realidad juvenil, que es conocido y aceptado, que puede llegar a ser agente de intervención porque, previamente, se ha convertido en presente.

c. Animador, estimulador de dinámicas juveniles. Actuando, obviamente, con los criterios adecuados de la animación sociocultural, evitando la intromisión y respetando su estilo (informal, variable, provisional, conflictivo con el poder adulto, etc).

d. Orientador, asesor, tutor de espacios informativos. En diferentes instancias, en diferentes programas que afectan a los adolescentes y jóvenes existen o deberían existir acciones relacionadas con el acceso y la utilización de la información, especialmente de aquella relativa a la formación, la ocupación, el diseño de su futuro. El educador social puede servir para facilitar el acceso de determinados colectivos, para relacionar la información con sus actitudes y capacidades, para aconsejar y orientar elecciones,...

e. Barman positivo en espacios y tiempos de movida. De acuerdo con el criterio de presencia como adultos próximos y positivos, los educadores sociales deben plantearse nuevas formas de prestar atención, nuevas maneras de relacionarse con los adolescentes y jóvenes, teniendo en cuenta una nueva reformulación de espacios y la innovación en las actividades juveniles que ofrecemos, aceptamos y estimulamos.

f. Agente de dinamización comunitaria de los jóvenes. Entre los diversos debates que los profesionales sociales deberían iniciar está el de la ubicación de los educadores en la atención primaria y su papel como estimuladores de dinámicas de comunidad, de espacios de coordinación, de elaboración de programas integradores, de formación de agentes vecinales mediadores, etc. Una gran parte de ello tiene relación con los ciudadanos jóvenes.

g. Educador especializado que actúa en diferentes recursos. El *nuevo* educador social no deja de ser un profesional que interviene en espacios educativos



**Aula Taller
Cruïlla**

especializados. Si lo relacionamos con las edades de adolescentes y jóvenes, su sitio también está en el lugar donde se presta atención a sus dificultades y conflictos. El educador debe estar en los programas de atención y seguimiento en el propio medio (desde las situaciones de desamparo hasta las de conflicto penal). El educador tiene que estar en los programas residenciales y institucionales (desde los centros hasta los hospitales de día).

3. Una nota final sobre la manera de hacerlo.

Como es muy probable que hablando de adolescentes y jóvenes aparezca el interrogante de cómo intervenir, quisiera acabar reflexionando un poco sobre cómo hacerlo. Al menos mirándolo desde la vertiente joven, los educadores sociales tienen que **ser los profesionales de la relación y la presencia** (quizás tendríamos que añadir, **creadores de espacios educativos**).

Insisto en esta cuestión para evitar que tengan que ser definidos por el espacio en el que trabajan. Si están en un taller ocupacional, ¿son *enseñantes*? ¿Tienen que enseñar alguna cosa? ¿Deben diferenciarse de algunos que se supone que

enseñan? Evidentemente, las actividades, en este caso, las formativas, son el instrumento con el cual podrán crear una relación educativa. La dinamización adecuada del recurso permitirá estar presentes de manera significativa.

¿Son los educadores *terapeutas*, cuando trabajan en un espacio terapéutico? ¿Cuáles son sus instrumentos de intervención? Trabajo, animación, reuniones, gestión del recurso, actividades...organizadas en un marco terapéutico, posibilitan construir la relación y la presencia educativa. Pero no por ello dejan de ser profesionales que conocen y aplican técnicas terapéuticas propias del marco en el que trabajan.

**Conviene saber
reconocer que a
menudo el
educador social
es un facilitador
del trabajo
de los demás**

Nos podría ocurrir lo mismo si hablásemos de un educador en un marco, por ejemplo deportivo o de animación del tiempo libre de los adolescentes y los jóvenes. Un educador, ¿no es un entrenador o un monitor? ¿Tiene que ser diferente a ellos? Tan solo estamos hablando de otras maneras de utilizar técnicas válidas para relacionarse y prestar atención a un colectivo, en este caso definido por la edad. La honestidad intelectual nos impide dejar de confesar que, en el fondo, lo que deseamos y necesitamos es que el monitor, el terapeuta o el entrenador sea capaz de trabajar en gran parte como un educador propicio para los adolescentes y jóvenes. Unos personajes que necesitan mentores, adultos próximos y positivos para recorrer adecuadamente su proceso de transición hacia la vida adulta.

Jaume Funes Artiaga
Psicólogo y Periodista